

## Migraciones internas a Orizaba y formación de la clase obrera en el porfiriato

Bernardo García

La última década del siglo XIX y la primera del presente siglo pueden caracterizarse como un periodo de gran movilidad de la población. Durante esos años se asistió a grandes desplazamientos de inmigrantes, que a pie, a lomo de bestia o en ferrocarril, que mucho contribuyó a acelerar esta movilidad, se trasladaban desde sus regiones natales hasta otras cercanas o distantes, en busca de un destino diverso al que les ofrecían sus economías regionales. En este periodo la población que residía en una localidad distinta a la de su nacimiento, es decir población no nativa, mantuvo un sostenido crecimiento: entre los años 1895 y 1910, la tasa media anual fue de 2.5%, superior a la tasa de crecimiento de la población de 1.1%.<sup>1</sup>

Este proceso, que por ahora sólo ha sido estudiado, en la mayoría de los casos, en sus dimensiones más generales, involucró a miles de mexicanos. Involucró entre otros a los mineros de los viejos reales de minas abandonados del centro de México, que subían a los recientemente abiertos minerales de Sonora; a los jornaleros mixtecos que se descolgaron en cuadrillas, desde las tierras altas de Oaxaca al trópico, al corte de tabaco a las vegas veracruzanas; a los jaliscienses que marcharon hacia el Pacífico a poblar las capitales de Colima y Nayarit; a los queretanos que se dirigieron al valle de Orizaba para trabajar en las fábricas textiles; a los trabajadores eventuales de la Huasteca Veracruzana que fue-

ron a las fincas de henequén de Yucatán. Gracias al impacto provocado por el capital, se rompieron los límites que imponían al mercado de trabajo la regionalización de la economía nacional.

La necesidad de mano de obra adquirió tal dimensión en ciertas regiones que resultaron insuficientes los inmigrantes nacionales que arribaron a ellas para cubrir la demanda. Así en el norte, las empresas mineras se vieron obligadas a reclutar extranjeros en el lejano oriente, a través de compañías enganchadoras que reclutaban a campesinos japoneses, en las plazas de Okinawa y otras ciudades.<sup>2</sup> Como también vinieron trabajadores de las islas inglesas del Caribe para la construcción del ferrocarril del Istmo y el de San Luis Potosí a Tampico.<sup>3</sup> Pero si arribaron extranjeros, simultáneamente los migrantes nacionales cruzarían cada vez más el Río Bravo, para engrosar las comunidades mexicanas al sur de los Estados Unidos. Así pues, la inmensa geografía del país se vio cruzada por oleadas de inmigrantes que circulando en diversas direcciones propiciaron la concentración de la población: en las zonas minero-metalúrgicas; en las plantaciones de las regiones tropicales; en los nuevos centros fabriles y en las zonas abiertas en las costas. Debido a esto, las corrientes tendrían direcciones específicas que dieron prioridad a ciertas regiones, lo cual se traduciría en el mediano plazo en una reubicación general de la población. Los estados que fueron favorecidos por el

---

arribo de las peregrinaciones de inmigrantes, fueron sobre todo los ubicados en el norte del país y en las costas del Golfo y del Pacífico Norte. De los diez estados que participaban en 1910 con el 70% de la población no-nativa, geográficamente pertenecían al norte: Coahuila, Durango, Nuevo León y Tamaulipas; al Pacífico Norte correspondían: Sonora y Nayarit; al Golfo: Veracruz; y al Centro: el D.F. y Puebla.

Si fueron unos cuantos estados los que recibieron población, también fueron contados los que expulsaron mano de obra. El grueso de la población que dejó su entidad, procedía de ocho estados: estado de México, Guanajuato, Jalisco, Puebla, Michoacán, Hidalgo, Zacatecas y San Luis Potosí. Los migrantes salieron sobre todo del México central, donde estuvieron asentadas las mayores densidades de población y en donde se encontraban los centros productivos regionales durante el régimen colonial y la primera parte del siglo XIX. Un caso aparte fue la ciudad de México, que gracias al auge centralizador se convirtió en el principal foco de atracción de la población nacional. Contrastando así con casi todo el resto del centro del país que era expulsor de habitantes.

Esta reubicación de la población que conformó una nueva geografía social, obedecía desde luego al nuevo periodo de crecimiento económico que estaba viviendo el país a fines del siglo XIX. Ciertamente fue la irrupción en la economía de una nueva fase de acumulación del capitalismo: el imperialismo, la que redefinió a las regiones del país, integrando a aquellas que habían permanecido al margen y haciendo surgir a nuevas regiones sobre la decadencia de otras.

No obstante su importancia, estos desplazamientos de población han sido pocas veces estudiados en forma particular y de manera profunda. Es una lástima, entre otros motivos, porque los procesos migratorios llevaron a miles de gentes a lugares donde la urbanización e industrialización comenzaron a transformar el carácter de la sociedad mexicana. A nosotros en lo particular nos interesa describir y comenzar a analizar el caso de las migraciones que nutrieron las fábricas de textiles de algodón del Valle de Orizaba entre los años noventa del siglo pasado y la primera década de este siglo. Específicamen-

te, tenemos la preocupación de relacionar los desplazamientos de población, con el problema de la formación de la clase obrera orizabeña y las formas de conciencia que adquirió o que heredó.

A partir de la década final del siglo pasado asistimos al auge del desarrollo textil de Orizaba, que se colocaba a su vez, dentro del proceso de expansión que vivió la industria para esos años. En efecto, en este periodo que alcanzaría su final hacia 1904-1905 se crearon varias sociedades anónimas, encabezadas sobre todo por franceses, que fundaron compañías en una escala desconocida anteriormente. Fue la concentración de capitales acumulados en el país, a través del comercio, principalmente, y en menor medida, de capitales europeos canalizados a través de "La Sociedad Financiera para la Industria de México", fundada en París en 1890, lo que permitió la inversión masiva para la modernización de la industria. Pero también contribuyeron los cambios en el comercio internacional de los países centrales que hacían ahora hincapié en la exportación de bienes de capital. Un cambio fundamental para la industria fue la introducción de la energía eléctrica. Esta permitió cambios en la tecnología, en tanto que hizo posible la introducción de husos de alta velocidad, telares automáticos y estampadoras.<sup>4</sup>

El proceso de modernización se inaugura precisamente con la creación de la Compañía Industrial de Orizaba (CIDOSA). Esta compañía fundó la fábrica Río Blanco en 1892, la cual se convertiría en la más grande y moderna del país, además compró San Lorenzo, Los Cerritos y la Cocolapam, las renovó, amplió e integró a la Río Blanco, para constituir un solo proceso productivo. Mientras estas tres últimas fábricas se especializaron en el tejido y la hiladura de telas, la Río Blanco se encargó del blanqueo y estampado de las mismas. A estas factorías se sumarían en los años siguientes, la Santa Gertrudis, elaboradora de productos de yute y la Mirafuentes, una hilandería establecida en Nogales, ambas compañías de capital extranjero. El proceso culminó con la creación de la Santa Rosa, inaugurada en 1899, también propiedad de inversionistas franceses agrupados en la Compañía Industrial Veracruzana, S.A. (CIVSA). La

Santa Rosa llegó a tener 1,400 telares, 40,183 husos y 4 estampadoras; la Río Blanco, en cambio, alcanzó a tener 1,650 telares y 43,000 husos. Si se piensa que una década antes las fábricas tenían como promedio 100 telares y 2,000 husos, se puede tener una idea de la magnitud de estas factorías. Para mover la Santa Rosa, en 1905, por ejemplo, se necesitaban alrededor de 1,800 operarios, sin contar los técnicos extranjeros.<sup>5</sup>

La elección de Orizaba para instalar fábricas grandes y modernas no fue fortuita, pues una serie de circunstancias confluyeron para crear un ambiente favorable para la instalación de empresas textiles. El valle no sólo sacaba provecho de la presencia cercana del Citlaltépetl, que desempeñaba el papel de distribuidor de abundantes aguas, sino de la humedad de su clima, que permitía la confección de telas de textura más fina que las elaboradas en el clima relativamente seco de la Mesa Central. Además, el ferrocarril permitía a los industriales explotar la posición intermedia del distrito entre el puerto de Veracruz, lugar en donde se concentraba el algodón, y el populoso Altiplano, principal centro de consumo y distribución de los textiles hacia el país.

No obstante el valle sufría de una limitación esencial: no tenía suficiente gente interesada y capacitada para echar a andar la industria de la zona. Las dos fábricas más grandes, antes mencionadas, se establecieron en terrenos casi deshabitados, pertenecientes a dos pueblos indígenas instalados en las montañas que circundaban el valle. La fábrica San Lorenzo, que se estableció en el pueblo más importante del valle, después de Orizaba, también tuvo, como veremos más adelante, que importar una gran cantidad de tejedores, lo mismo pasó en las demás fábricas.

¿De dónde venían las gentes, de dónde salieron los inmigrantes que permitieron la elaboración de telas? Con la información de un padrón electoral de 1892 del municipio de Nogales se pudieron identificar 427 obreros que trabajaban en su mayor parte en la San Lorenzo y en un porcentaje menor en la recientemente inaugurada Río Blanco.<sup>6</sup> La gran mayoría eran inmigrantes con la excepción de 54 que eran nativos de la región, 30 de Orizaba y 24 de Nogales. El estado que más proporcionó inmigrantes fue Puebla,

aportó aproximadamente la mitad del total: 144 de la capital y 66 del interior del estado. En segundo lugar se encontró la ciudad de México con 66 textileros. Después, pero a mucha distancia, estaban los grupos de inmigrantes de los estados de Tlaxcala y Oaxaca, 27 del primero y apenas 11 del segundo, y un minúsculo grupo que venía de otros lugares de Veracruz, especialmente de Xalapa. Por último estaban unos cuantos de Hidalgo, Querétaro y Guanajuato. Otros más tenían un origen no precisado.

Estos inmigrantes eran en su mayoría jóvenes. Entre ellos predominaban los solteros que constituían alrededor de un 57%; los obreros casados y solteros que vivían con su pareja y sus hijos conformaban un 26.46%; y los casados que vivían solos alcanzaban un 13.58%. Los solteros tenían 24 años de edad en promedio. Los casados 31 años en promedio y sus esposas 27. Sus familias eran pequeñas, con dos hijos como promedio. Los obreros casados que vivían solos tenían alrededor de los 34 años como media. En suma, era una población joven: el 62% del total de esta población se encontraba entre los 18 y 30 años. Un rasgo interesante de estos migrantes es el gran número de los que sabían leer y escribir: 183 de 427, más de un 42%.

Pero esta migración, que fue fruto de las primeras oleadas que llegaron, sufrirá sustanciales modificaciones para mediados de la década siguiente, que coincide con el funcionamiento pleno de las dos fábricas más grandes. De acuerdo a datos desglosados de la muestra de 603 obreros de la fábrica Santa Rosa —un tercio del total de la misma— el radio de atracción se ampliará y se volverá más variado.<sup>7</sup> Puebla se mantuvo a la cabeza como el principal proveedor de inmigrantes con un 47%. En cambio Oaxaca, que en la década anterior ocupaba un lugar irrelevante, pasó al segundo lugar con un 23%. México y su región textil circundante aportaron un 13%. En seguida se colocó Tlaxcala con un 8% y un poco después Querétaro con 5%. Estados como Hidalgo, Michoacán y Guanajuato también aportarán algunos inmigrantes.

El cambio más notable fue la importancia numérica que adquiere la migración oaxaqueña. Menos evidente pero igualmente significativo,

fueron los cambios que sufrió en su composición la migración poblana. La ciudad de Puebla que predominaba con 144 de los 210 inmigrantes poblanos en 1892, pierde ahora peso frente al ascenso de los que provienen del interior del estado: la proporción se invierte y ahora son solamente 41 angelinos por 212 de otras localidades del estado. El descenso de la migración proveniente de la ciudad de Puebla se combina con el aumento de la que viene del campo, que junto con el crecimiento notable de la migración oaxaqueña, originaria en buena medida de la Mixteca, hace que el número de inmigrantes de procedencia rural se convierta claramente en mayoritario. Por lo que se refiere al valle de México, aunque del segundo lugar pasa al tercero, numéricamente sigue conservando su importancia. Lo mismo pasa con la migración tlaxcalteca que si bien minoritaria sostiene su continuidad en el flujo de inmigrantes. El estado de Querétaro sigue ocupando el último lugar dentro de los estados que ofrecen una cuota regular de mano de obra, aunque tiende a aumentar el número de sus inmigrantes en términos absolutos.

Si colocamos a todos los inmigrantes dentro de dos categorías, aquellos que provienen de sitios con industria textil y aquellos originarios de sitios que carecen de ésta, encontramos el siguiente porcentaje: 34% para los primeros y 66% para los segundos. Sin embargo, aun cuando estas informaciones son útiles, no bastan. Es necesario saber, quiénes eran estos tlaxcaltecas, oaxaqueños y queretanos ¿por qué estaban saliendo de localidades tan diversas como Tlaxiaco, San Angel o Tajimaroa? ¿qué experiencias vividas o heredadas traían consigo? ¿cuál era el acervo cultural e histórico que portaban?<sup>8</sup> Estas y otras preguntas similares están detrás de este ensayo. Desde luego las respuestas aún tienen un carácter provisional y están cargadas de demasiados "quizás" y muchos "muy probablemente". Aun así, una de nuestras pretensiones principales, es llamar la atención sobre una línea de investigación que privilegie el estudio de las connotaciones históricamente determinadas por las estructuras sociales que preceden a la fábrica.

## Los poblanos

La ciudad de Puebla desde la época colonial se especializó en la producción de textiles de algodón, seda y lana. De esta manera, la ciudad no sólo produjo bienes sino que generó una mano de obra hábil y conocedora del oficio que, eventualmente, migraba. Se podría recordar aquí el barrio formado en la ciudad de México, en los primeros años del siglo XIX, a partir de la llegada de decenas de artesanos textiles que migraban de Puebla.<sup>9</sup>

A medida que el siglo avanzaba la vocación textilera de Puebla se fortalecía; ya para mediados del siglo, y sobre todo después de 1870, se dio un proceso de autorreproducción de la fuerza de trabajo fabril por la heredabilidad del oficio. Esto se encuentra en relación con el desarrollo de una nueva industria textil, ya mecanizada, que surgió desde mediados de los años treinta en los márgenes del río Atoyac, en los alrededores de Puebla, después de la inauguración de la Constancia en 1835, la primera fábrica textil del país. A partir de su establecimiento se fue imponiendo de manera lenta y gradual, en convivencia con la producción artesanal, la industria textil; a las 10 fábricas que en 1843 podría conferírseles ese título, en los años siguientes se sumaron otras más: para 1877 se podían contabilizar 21 fábricas en el municipio.<sup>10</sup>

Alrededor de varias de estas fábricas se establecieron villas fabriles para garantizar el aprovisionamiento estable de mano de obra. En estas villas se autorreprodujo la clase obrera de una manera clara a partir de 1870, si bien el proceso de capacitación de mano de obra, continuó haciéndose, en parte por el reclutamiento de una mano de obra en proceso de proletarización, tanto de sectores urbanos como del campesino de los pueblos circunvecinos. En las villas fabriles, como en los pueblos alrededores, que se podían considerar como extensiones de las villas, se dio un proceso de producción, a través de la promoción del trabajo familiar, lo que permitió por otra parte mantener bajos los salarios individuales. Si las mujeres participaron sólo marginalmente en este proceso, su ausencia se vio compensada por el alto porcentaje de niños

que ingresaban en la fábrica y que constituían cerca de una cuarta parte del total de operarios textiles en los años 1878-1879.<sup>11</sup>

Así para el periodo de máxima expansión de la industria en el país, Puebla pudo contar con un proletariado textil avezado en los modernos métodos de producción textil. Proletariado que estuvo en condición de migrar hacia otras regiones, como experto, en el momento en que se inauguraban fábricas. Esto sucedió cuando los poblanos formaron parte del primer grupo de 100 obreros contratados para Tajimaroa, Michoacán, en 1895, "mientras se enseñan los hijos de la comarca", para iniciar los trabajos de la fábrica La Virgen.<sup>12</sup> Lo hicieron también en años anteriores, cuando fueron a San Lorenzo, en Veracruz, en 1881 y posteriormente cuando se trasladaron hasta Juanacatlán, Jalisco, en 1896.<sup>13</sup>

Según algunos autores, los poblanos migraban buscando mejores salarios. Por ejemplo, Keremitsis anota que en la década de 1880-1890 los industriales poblanos pagaban un salario mínimo de 25 centavos, "uno de los más bajos del país"<sup>14</sup>; en contraste en Orizaba, el mínimo era de 35 centavos; Juan C. Grosso coincide con ella pero agrega que existen diversas referencias sobre una situación de desempleo en la ciudad de Puebla, como consecuencia de la incapacidad de la estructura productiva para absorber una creciente disponibilidad de fuerza de trabajo, ligada al proceso de proletarización de sectores campesinos y artesanales.<sup>15</sup>

Pero no sólo salieron poblanos de la capital de estado y pueblos circunvecinos; también migraron de los distritos agrarios de Chalchicomula, Tecamachalco y Tehuacán. Sobre todo de los pueblos de San Andrés Chalchicomula, Tecamachalco, Tochtepec, Auecholoc, Cañada Morelos, San José Ixtapan, San Agustín del Palmar y de otras muchas localidades dominadas por las grandes haciendas. Por ahora, en espera de estudios locales de estas regiones en la era porfirista, sólo hemos podido conocer en forma particular el caso de los campesinos de San José Ixtapan. Asfixiados por las haciendas cercanas, los josefinos se vieron obligados a cultivar las tierras de estas haciendas como aparceros o a dedicarse a otras actividades rurales como la

arriería o la cría de vacunos; inclusive salieron en cuadrilla a trabajar cuando se tendió la vía del ferrocarril Esperanza-Tehuacán; también fueron a laborar a una cantera de mármol vecina. La construcción de la Santa Rosa, que ofreció trabajo a los canteros, y su posterior funcionamiento, apareció como una alternativa más ante la confiscación de sus medios de vida.<sup>16</sup>

Estos poblanos no sólo llegaban hasta Orizaba, sino que seguían en su descenso hasta las tierras más bajas del distrito agrícola de Córdoba al trabajo de las haciendas y de las plantaciones tropicales. Contribuían así a renovar a la larga el material humano de la tierra caliente tan escaso y tan propenso a ser víctima de las fiebres y enfermedades tropicales. Por último debe agregarse que algunos de estos migrantes rurales procedían en algunos casos de un contexto productivo artesanal, más que exclusivamente campesino. Por ejemplo, en el distrito de Tecamachalco había en algunos pueblos la tradición del tejido de la lana, en telares de manos.<sup>18</sup>

### Los oaxaqueños

Los indígenas de la Mixteca llegaron remontando a pie sus anchas serranías sembradas de órganos y candelabros. Salieron especialmente de los distritos de Tepozcolula, Coixtlahuacan, Tlaxiaco y Nochistlán, ubicados en la Mixteca. También llegaron de la región de los valles centrales: de la propia ciudad de Oaxaca y de algunos pueblos del distrito de ETLA. Unos cuantos salieron inclusive de la región de la sierra de Juárez.<sup>19</sup> Los oaxaqueños que fueron los últimos en llegar al valle de Orizaba, para la primera década del siglo constituyeron el segundo grupo estatal de inmigrantes, colocado solamente después del formado por los poblanos.

La migración de la Mixteca contrasta con la resistencia e indiferencia de los indígenas nahuas de la sierra de Zongolica que no ingresan al trabajo fabril. Mientras los nahuas se encuentran en las montañas circundantes del valle textil, los hombres de la Mixteca se localizan a muchos kilómetros de distancia. Kilómetros que se multiplican si se considera el área no en términos

de distancia-espacio, sino en términos de distancia-tiempo. La ida a Orizaba implicaba para uno que saliera de Santa Catarina Tayata, distrito de Tlaxiaco, un viaje de varios días.<sup>20</sup> Cargando su morral de totopos, su harina de frijol —hecha con frijol tostado y molido— y sus calabazos de agua, dejaban atrás sus jacales de bajareque y se lanzaban hacia el cañón de Tomellin que los llevaba al valle de Tehuacán. Tardaban hasta cinco días en llegar a Tehuacán, en un viaje fatigante y pesado, subiendo y bajando por montes y quebradas en ásperos caminos. Al sexto día, después de media jornada de camino, llegaban hasta Puerto del Aire: desde sus alturas podían ver finalmente con alivio, a sus pies, las tierras labrantías de Acultzingo, que iniciaban el valle de Orizaba por su parte sur; necesitaban entonces de sólo unas horas para desencumbrar y entrar en las primeras villas fabriles del distrito.

La entrada a las fábricas estaba pues mediada por un largo viaje. Pero ¿qué grandes caminantes son los mixtecos! Acostumbrados a la estrechez, resistentes y de pocas necesidades cuando viajaban, supieron desde muy temprano separarse de sus agrestes serranías. Con sus huaraches de siete leguas, ya desde la Colonia hacen grandes viajes como pastores que llevan ganado menor de los pastos de verano a los agostaderos de invierno. Año con año salen de las tierras altas de Tepozcolula, del árido valle de Coixtlahuacan o de los terrenos de Tlaxiaco, hasta el Pacífico, arreando miles de cabezas de ganado. Los pastores, acompañados con sus familias, cargando sus escasas pertenencias, con pieles para cubrirse por la noche y algunos alimentos, tardan hasta once días en llegar a Putla. De ahí aún tendrán que caminar hasta encontrar los excelentes pastos de Jamiltepec o los de Pinotepa. Ahí permanecen los meses de seca y sólo a fines de marzo emprenden el viaje de regreso, antes de la época de lluvias.<sup>21</sup> En el verano siguiente repetirán su peregrinaje. Pero también dejaban sus lares como jornaleros agrícolas. En los últimos años de la Colonia con motivo de la guerra de España con Inglaterra disminuyó la ya escasa mano de obra de Veracruz por el reclutamiento militar de labradores y elevó los salarios, entonces se originaron migraciones de trabajadores de la mixteca

hacia los campos algodoneros de Tlalixcoyan y Cotaxtla, en las tierras bajas de Veracruz.<sup>22</sup>

A diferencia de las comunidades del centro del país, los habitantes de la Mixteca no sufrieron a mediados del XIX los embates de los hacendados. Aun así, se dio un proceso de privatización de las tierras comunales. El derecho de usufructo devino gradualmente en una forma de propiedad privada; avanzó la privatización sobre todo debido al crecimiento de la agricultura mercantil en la región. De hecho, se ha propuesto una desamortización informal en algunas partes de la Mixteca, antes de 1856.<sup>23</sup> Esta desamortización contribuyó a la separación de algunos productores de sus medios de vida.

Tan importante en la expulsión, como la parcial disociación de sus medios de producción, o quizás más por ser un elemento permanente, fue el embate que siempre han sufrido los mixtecos por la pobreza de su medio natural. Colocados en una abrupta región, los recursos que les ofrecen sus montañas son escasos; incluso en sus valles, la agricultura de temporal es difícil e inconstante, debido a la altura viven bajo las amenazas del hielo negro y por otra parte las lluvias no están garantizadas. Ciertamente el hambre es la gran espoleadora de la diáspora de las Mixtecas. A ellas se podrían aplicar las palabras de Braudel sobre las montañas: fábricas de hombres para uso ajeno.<sup>24</sup>

Al parecer, la migración a Orizaba fue precedida por migraciones temporales de jornaleros agrícolas hacia las tierras del Golfo. Sabemos por una protesta de las comunidades que a finales del siglo XIX, anualmente subían enganchadores a reclutar cuadrillas al Distrito de Huajuapán de León.<sup>25</sup> Estos comisionados de los propietarios extranjeros, de las fincas tabacaleras de la región de San Andrés Tuxtla, repartían dinero a los que querían comprometerse a trabajar por un periodo de seis meses en el levantamiento de la cosecha. Una vez que reunían suficiente gente, la llevaban hasta Tehuacán, donde se embarcaban las cuadrillas para la costa en el ferrocarril. Ahí se tomaba el ramal de Tehuacán a Esperanza, Puebla y después transbordaban al ferrocarril Mexicano para ir hacia Veracruz. Durante

el viaje, después de descender las cumbres de Maltrata, atravesaban los pueblos fabriles de Orizaba, que en esos años acaban de inaugurar sus fábricas más grandes. Según el jefe político de Huajuapán de León, la oposición de los pueblos nace del abuso y los atropellos que cometen con las cuadrillas. Sostiene que los contratistas se aprovechan de la necesidad de los individuos, por un puñado de dinero se los llevan prometiéndoles atractivos beneficios, resultando después todo lo contrario.<sup>26</sup> Aun así, dado que la miseria empuja y el cebo de los salarios incita, el reclutamiento se repite y año con año se forma la procesión de trabajadores hacia las llanuras del Golfo. Esta mano de obra dio con su esfuerzo y su gran capacidad de adaptación, una cuota importante al asombroso aumento de la producción de frutas tropicales y a las grandes ganancias y al auge de compañías con asiento en Londres o Amberes, como la casa Sheltema & Rebel, propietaria de fincas en la zona de los Tuxtlas.

Es posible, que estos migrantes pendulares que se anotan en las cuadrillas, sean los que vayan posteriormente hacia Orizaba. De hecho la modernización de la industria hizo que el proceso productivo se volviera más complejo y se subdividiera en un mayor número de etapas.<sup>27</sup> Si por un lado, se hacía necesaria la contratación de obreros experimentados para las actividades que requerían mayor calificación, por el otro aparecieron una gama de empleos que no requerían ninguna especialización. Estos podían ser ocupados por migrantes que venían directamente del campo a trabajar por temporadas. Esto pasaba particularmente en los departamentos de estampado, tanto de la Río Blanco como de la Santa Rosa, donde al lado de oficios calificados como el de grabador o tintorero, había grupos de trabajadores que sólo desarrollaban labores manuales de fácil ejecución. Además en todas las fábricas necesitaban cuadrillas de peones para realizar trabajos duros y desagradables. Ya familiarizados los jornaleros con la ruta de inmigración de la Mixteca hacia Tehuacán y de aquí hacia Veracruz, podían probar fortuna en las fábricas de Orizaba. Allí los empresarios franceses los necesitaban tanto como a los tejedores expertos.

Si el trabajo fabril les resultaba mucho más extraño que las labores agrícolas en las fincas tropicales, a cambio no tenían que sufrir el trato coactivo usual en éstas, ni permanecer en ellas por prolongados periodos de tiempo. En las fábricas podían estar durante algunas semanas y regresar libremente a su pueblos, cuando se cansaran o les pareciera insoportable la disciplina fabril terriblemente novedosa para ellos, o el tipo de vida que ahí se llevaba. De hecho tardaron en afincarse en la región. Todavía en el cuarto lustro de este siglo, durante los primeros años del sindicalismo, los militantes sindicales sufrían el desinterés de aquéllos en la organización: en tanto trabajadores temporales, en incansante ir y venir entre la fábrica y sus comunidades, poco entusiasmo mostraban en la causa sindical.<sup>28</sup> Pero también cabía la alternativa opuesta, que se fueran familiarizando, desde su trabajo en la cuadrilla de peones, con los diferentes departamentos y terminaran aprendiendo las labores en algún puesto de trabajo; varias decenas efectivamente así lo hicieron. Quizás Orizaba y sus fábricas, aparecieron como una forma de opresión menos dura, aunque sin duda más extraña que el trabajo en las fincas. Además, conforme la corriente migratoria se ensanchó con la llegada sucesiva de parientes y paisanos, los mixtecos pudieron desarrollar formas de solidaridad que les hicieron la vida menos adversa en esta lejana tierra. Numerosos testimonios de historia oral,<sup>29</sup> coinciden en señalar los fuertes lazos de hermandad que se creaban entre ellos: "hay hermano", decían cuando moría alguno; lo mismo que algunos viejos trabajadores se quejaban de lo "montoneros" que solían mostrarse los mixtecos cuando de pelear se trataba: no se podía tocar a uno, porque todos se venían encima. Esto lo supieron bien los queretanos, que tenían pleito casado con ellos, lo mismo en Veracruz, que en otros centros industriales como Atlixco.<sup>30</sup> Esta cohesión interna, que era en parte una respuesta al menosprecio por parte de los mestizos arribeños, y en parte una solidaridad impuesta por las mismas necesidades de la emigración, nacía también de la profunda identidad étnica mixteca, que no desaparecía con la migración, la cual no implicaba automá-

ticamente una renuncia cultural, ni una descaracterización étnica.<sup>31</sup>

Los migrantes salieron de la ciudad de Oaxaca y del distrito de ETLA, en la región de los valles centrales. Aunque más distante que la Mixteca, se volvió cercana con el Ferrocarril Mexicano del Sur, que comenzó a circular desde 1892, comunicando desde entonces a la Antequera con el resto del país. En ETLA se habían instalado dos pequeñas factorías, la San José y la Vista Hermosa, en 1875 y en 1885 respectivamente.<sup>32</sup> De aquí salieron operarios para Veracruz. La tercera región oaxaqueña que aportó inmigrantes fue la de la Sierra de Juárez. En XíA, Tomás Grandison, un empresario inglés, instaló en 1875 en medio del campo, una fábrica textil para aprovechar la riqueza hidráulica del lugar.<sup>33</sup> Enemigo de importar trabajadores y con un proyecto de dominio patriarcal que incluía la construcción de viviendas, tienda, escuela, capilla, creó su propia fuerza de trabajo a partir del reclutamiento de serranos. Su proyecto de forjar obreros y obreras en el campo se reveló, al parecer, exitoso durante el periodo que funcionó la fábrica, pues de aquí salieron textiles lo mismo para Veracruz, que para ETLA, cuando dejó de trabajar la fábrica.

#### Los mexicanos

De la ciudad de México, de Tlalpan, de Contreras, de San Angel, de Miraflores, de Tlalnepantla y de Toluca, poblaciones y zonas con industria textil, fue de donde salieron los obreros que del estado de México y de la capital del país llegaron a Veracruz. Esta zona vivió tempranamente un proceso de instalación de fábricas textiles que le permitieron competir con Puebla por la supremacía textil. En pocos años llegó a tener más trabajadores textiles que Puebla, como en el año de 1877 en que había 3,261 operarios ubicados en 14 fábricas, mientras que en las fábricas de Puebla se encontraban sólo 2,760.<sup>35</sup>

La instalación de fábricas se inició en la tercera década del siglo XIX y para 1843 eran 17 las factorías establecidas.<sup>36</sup> La mayor parte de las fábricas

grandes se ubicaron en tres zonas: San Angel y Tlalpan, Tlalnepantla y Chalco. Las tres zonas estaban comunicadas entre sí y de hecho se podría hablar de una sola región textil. La concentración de más 3,000 trabajadores en una misma zona permitió el desarrollo temprano de una red de comunicación y solidaridad.<sup>37</sup>

Aquí también se dio un proceso de reproducción de la fuerza de trabajo semejante al de Puebla. Así, para 1870 hay varios casos de maestros, algunos de ellos salidos de las filas obreras, otros del artesanado, que habiendo iniciado su trabajo en los salones textiles desde niños, ya podían sustituir a los maestros y operarios calificados extranjeros. La fundación de algunos talleres escuelas desde 1830 contribuyó para que esto fuera posible. Pero también la transmisión del oficio textil de una generación a otra, fue facilitado por la conformación de comunidades textiles en los alrededores de algunas fábricas que contaban con viviendas para sus trabajadores como La Fama y San Fernando en Tlalpan. En estos barrios obreros se comenzaron a formar pequeños núcleos de obreros que rompieron con su entorno rural y empezaron a ensayar formas asociativas y de lucha que marcaron el inicio de una identificación de clase. Ilustrativo de la identificación a partir del trabajo fueron los desfiles que hacían los obreros con sus instrumentos de trabajo. Por ejemplo, en 1873 en Contreras, los trabajadores desfilaron con sus lanzaderas y otros instrumentos de trabajo para recibir a una comisión del Gran Círculo de Obreros.

Pero más significativas fueron las numerosas luchas regionales que sostuvieron, así como los intentos organizativos que levantaron los obreros, ya fuera en forma autónoma, como la experiencia de "Las Fábricas Unidas" o bajo la dirección del artesanado como en el Gran Círculo de Obreros. Por lo que se refiere a las luchas de las 41 huelgas textiles que estallaron en el país en el periodo 1850-1883, 27 tuvieron lugar en el estado de México, es decir casi dos tercios.<sup>38</sup> En este sentido se podría afirmar que el centro de gravedad de la lucha textil en las primeras décadas de la aparición del sistema de fábricas estuvo en esta zona. Las mutualidades se vinieron creando desde los años sesenta y paulatinamente se

transformaron en sociedades de resistencia; cuando se formó el Gran Círculo de Obreros se afiliaron al mismo y para 1875, de las 28 sucursales que coordinaba el Gran Círculo, 12 correspondían a fábricas textiles ubicadas en su mayoría en el centro del país. El importante peso que los textiles tenían en la composición de esta organización se reflejó en la atención que el periódico oficial del Gran Círculo dio a los problemas y luchas de los obreros; lo que provocó a su vez que algunos operarios fueran asiduos lectores y sostenedores de esta prensa. A través de su participación en el Gran Círculo, los obreros obtuvieron ocasionalmente ayuda económica en sus huelgas y la difusión de sus problemas.

En el difícil camino de su constitución como clase, más importante fue sin embargo la experiencia de "Las Fábricas Unidas", que funcionaron como una suerte de coordinadora de las organizaciones del Valle. Fue una agrupación más netamente obrera que el Gran Círculo, en tanto que su dirección estuvo en manos de los propios trabajadores y ya no más en las de los artesanos. Su importancia consistió en que contribuyó a superar el carácter local y aislado de las luchas y generó una red de solidaridad. En este sentido fue un antecedente del Gran Círculo de Obreros Libres, creado en 1906 en Orizaba, sólo que más limitado geográficamente. Además, debe mencionarse que la población de la región textil del valle de México vivió la experiencia fundamental de luchar en la guerra de Intervención en contra de los franceses. Algunos tejedores que se convirtieron en guerrilleros y lucharon contra el imperio de Maximiliano y a favor de las leyes de Reforma, serían reconocidos como líderes de sus comunidades después de la guerra.<sup>39</sup>

Los obreros del centro del país se caracterizaron, en los años previos a que un contingente de ellos se trasladara a Orizaba, por la gran riqueza de su vida asociativa y por su constante efervescencia y disposición de lucha. Si tomamos como índice el número de huelgas y los proyectos organizativos que promovieron, debemos admitir que sin lugar a dudas constituían una de las vanguardias del incipiente proletariado industrial. Coincidentemente, en los años inmediatamente anteriores a la apertura de las fábricas

francesas de Veracruz se dio una oleada de represión patronal para acabar con la organización de los trabajadores: se elaboraron listas de operarios que no eran aceptados en ninguna fábrica; se disparó contra huelguistas y assembleístas y se encarceló a dirigentes destacados. Uno de los grupos más golpeados fue el de los trabajadores de Tlalpan, a quienes la prensa calificaba como: "hábiles, tenaces y testarudos".<sup>40</sup> Verdaderamente que lo eran: a pesar de haber sufrido una severa derrota en 1875, se declararon en huelga en cuatro ocasiones, en el bienio 1876-1877; su mesa directiva terminó en prisión en 1877. Seguramente entre las filas de la migración venían algunos de estos militantes curtidos o algunos otros luchadores del Valle de Anáhuac tan testarudos o empecinados como ellos. De la misma manera que se relaciona la llegada de migraciones transatlánticas con la efervescencia política en los puertos de arribo, deberían relacionarse estos desplazamientos internos, por ahora poco estudiados, con la extensión de la agitación y de la organización.

#### Los tlaxcaltecas

Yo vivía en Nogales, ...como yo era el mayor, recuerdo cuando llegamos a Nogales. Allá trabajó mi papá por un tiempo. Según mi papá fuimos porque mis abuelos también se habían ido en busca de trabajo. Mi familia completa ya tenía la costumbre de irse para Veracruz, le habían probado en algunos pueblos de Tlaxcala, habían buscado en fábrica la cosa de los textiles por todo Tlaxcala, pero había mejor paga allá en Veracruz; además había más movimiento en todo. La cosa fue que a veces también, vendíamos, llevábamos comida; la fruta de aquí, carne, quesos, en fin muchas veces las vendíamos entre nuestros parientes o compadres. Allá en Río Blanco también teníamos familia que trabajaba en las textiles.

Este testimonio de Gregorio Serrano,<sup>41</sup> "campesino-obrero" de Santa Inés Zacatelco nos da algunas de las razones que entraban en juego en la migración hacia Orizaba. Nos habla de la bús-

queda de trabajo y de un salario mejor, pero también de los hábitos particulares de los tlaxcaltecas de la región sur-centro del estado de salir de sus comunidades a buscar trabajo, de probar suerte en las fábricas textiles y de dirigirse hacia el estado de Veracruz. Don Gregorio Serrano que anduvo por tierras veracruzanas en la última década del porfiriato pertenecía a un grupo geográfico que se caracterizaba tanto por su movilidad geográfica como ocupacional.

Históricamente los pueblos ubicados en el corredor Apizaco-Puebla fueron las reservas proletarias de la Puebla colonial. A Puebla y a su región circundante la proveían de gente para la construcción de edificios públicos, para sus talleres y para que trabajaran como segadores.

En el siglo XIX la favorable ubicación de la zona, surcada por los ríos Atoyac y Zahuapan y por el Ferrocarril Interoceánico, además de la presencia de la crianza intensiva de ovejas, hicieron de los pueblos de la región lugares escogidos para la instalación de una docena de fábricas textiles que pudieron aprovechar la tradicional producción textil doméstica. Con la instalación de las fábricas se fue creando un proletariado de tiempo parcial que combinaba su trabajo en el campo con el de las factorías. Buscar un ingreso adicional, fuera de la agricultura, como artesanos, comerciantes ambulantes, arrieros o "fabricantes" no era una novedad en la zona. El excedente de población agrícola de la región, que radicaba en pueblos con terrenos comunales fraccionados en minúsculas e insuficientes parcelas que se explotaban individualmente, hacían indispensable la búsqueda de un ingreso suplementario.<sup>42</sup>

Así, cuando el despegue industrial de Orizaba ocurrió, ahora cercana por el tránsito permanente de ferrocarriles, la salida a las factorías no implicó una gran aventura, ni siquiera un cambio drástico en sus formas de ganarse la vida. Realmente lo que pasaba era que se hacía más amplio el radio de acción dentro del cual actuaban los "campesinos-obreros", que también fueron a trabajar a otra zona textil de Veracruz, como la de Xalapa-Perote.<sup>43</sup>

El hecho de alejarse de Tlaxcala por temporadas de semanas o aun de meses, hacía más marcada la separación entre los tiempos ocupados en

el trabajo de la industria y los utilizados en las labores agrícolas. Lo que orilló a que algunos inmigrantes tlaxcaltecas tomaran una decisión más definitiva con respecto al trabajo fabril.

Aun así en estos años, todavía muchos continuaron yendo del campo a las fábricas orizabenses y a sus lugares de origen; como los compadres de los tíos de Gregorio Serrano, citado anteriormente:

tenían otros compadres con los que platicaban también, eran de Tlaxcala, y luego se traían a otros, puros paisanos, decían que en la fábrica no les iba mal pero que querían regresar a trabajar al campo, allá en Tlaxcala les gustaba trabajar la tierra. A veces venían con coraje de la fábrica y querían regresar a trabajar al campo, decían que peleaban con el patrón porque nunca se le daba gusto, porque el patrón quería las cosas rápidas y bien hechas.<sup>44</sup>

Los migrantes de este estado pequeño del centro de México se caracterizaron por provenir de pueblos con una gran tradición de protesta y lucha contra los hacendados. Más singular resultaba no obstante la difusión reciente de un movimiento religioso disidente en la región: el metodismo.<sup>45</sup> El metodismo se propagó con éxito en la zona centro-sur de Tlaxcala y buena parte de su membresía estaba constituida precisamente por estos trabajadores móviles que trasladándose de un lugar a otro portaban consigo su credo. Este es el caso de Agustín Flores Serrano, tejedor tlaxcalteca, que lo primero que hacía una vez que se instalaba en el trabajo era localizar un lugar vecino donde hubiera reunión evangelista, lo mismo estuviera en Santa Cruz, Tlaxcala, en Metepec, Puebla, en la ciudad de México o en Río Blanco, Veracruz. Agustín Flores había pasado su infancia en el pueblo de Zompantepec, que además de ser un centro metodista era un foco liberal. En algún 16 de septiembre, recuerda Don Agustín Flores, su tío Petronilo Serrano que era el juez local, en un momento importante del discurso oficial decía: "en una mano la santa biblia y en otra la santa Constitución"; con la misma emoción

rememora, y aun entona, algunos fragmentos de la Marsellesa, que en francés y en español, le enseñó uno de sus maestros liberales, en su instrucción primaria.<sup>46</sup>

El metodismo además de conformar un espacio de solidaridad de tipo mutualista, tuvo un papel importante como fuente educativa para los trabajadores tlaxcaltecas. A través de la celebración de veladas o más precisamente actos cívico-religiosos celebrados el 5 de febrero, el 21 de marzo, el 5 de mayo y el 11 de septiembre y otras fechas fundamentales del santoral liberal, se exaltaba la figura de Juárez, Hidalgo y Morelos y se ponderaba lo que se consideraba las virtudes del liberalismo mexicano; ahí surgían precisamente las críticas contra el gobierno porfirista, al examinar el abismo existente entre la realidad política y los principios democráticos de la Constitución liberal. En esta labor eran importantes, además de la circulación de periódicos protestantes como *El Abogado Cristiano Ilustrado*, la actividad y el celo de los propagandistas locales, que después de haber asistido al seminario de Puebla, regresaban a sus comunidades en entusiasta labor proselitista. Varias familias tlaxcaltecas que se adhirieron al metodismo, cuando emigraron a Orizaba, participaron en la conformación de una congregación metodista en Río Blanco, junto con inmigrantes que arribaron de Miraflores, Chalco y de otras partes del país en donde había cundido el metodismo. La congregación de Río Blanco, dirigida por José Rumbia, jugó un papel clave a la vuelta del siglo, pues fue sede, bajo el impacto de los militantes del Partido Liberal Mexicano, de la primera organización obrera militante de la zona: el Gran Círculo de Obreros Libres (GCOL). Además de Samuel A. Ramírez, nativo de Zompantepec y personaje central de la historia local del GCOL, salieron desde las filas del metodismo otros militantes de los círculos, como Manuel Avila y Andrés Mota.<sup>47</sup>

Además de los antes mencionados, llegaron migrantes de los estados de Querétaro, Hidalgo, Michoacán y Guanajuato. Pero fueron unos cuantos con excepción de los queretanos, que constituían alrededor de un 5% del total. Los migrantes queretanos provenían de la capital del estado y del poblado textil creado alrededor de

la fábrica Hércules; cuando fue fundada esta fábrica en los años cuarenta se trajo maquinaria de Francia, de donde también se importaron artesanos y obreros calificados para que durante tres años instruyeran a los mexicanos que posteriormente los sustituirían.<sup>48</sup> Después de varias décadas también Querétaro podría exportar sus operarios para Juanacatlán, Jalisco, para Uruapan, Michoacán, para Veracruz e inclusive para la zona de Atlixco, Puebla.<sup>49</sup>

La riada de inmigrantes que nutrió las fábricas y revitalizó la condición de tierra de forasteros de Orizaba fue muy variada, heterogénea, en tanto que era hija de un México decimonónico caracterizado por una marcada diversidad regional. Aun así, se pueden agrupar dos tipos principales de inmigrantes: aquellos para quienes las factorías no representaban sino una ocupación esporádica y temporal, una forma de ganarse el pan entre otras, aceptada únicamente por razones de sobrevivencia. Mano de obra que tenía aún como lugares fundamentales de su identidad las comunidades rurales, la familia agrícola y el campo. Otros en cambio, que salían de regiones textiles, para los cuales la fábrica ya formaba parte de su destino o así lo consideraban al menos. En medio de estos dos tipos se encontraban una gran diversidad de inmigrantes, como los llamados "campesinos-obreros" del altiplano.

Los miembros del segundo grupo, si bien no constituían la mayoría del contingente de inmigrantes, desempeñaron un papel central para que la masa de trabajadores lograra avanzar en su autorreconocimiento como clase. Ellos fueron los promotores de las agrupaciones de resistencia y los animadores de las luchas en Orizaba, aunque nunca sus protagonistas únicos. Orizaba se vería favorecida en este sentido, por el arribo de grupos pequeños, pero a la vez consistentes, de obreros que ya habían pasado por experiencias fabriles de diferentes grados. Algunos eran verdaderos operarios expertos, con años de trabajo en el ramo; otros eran jóvenes que recientemente habían ingresado al mundo fabril en sus regiones de origen, pero que en ciertos casos habían tenido ancestros relacionados con las fábricas, y que realmente se hacían obreros en Orizaba o en algún otro nuevo centro industrial, como

Atlixco, región distinta a su lugar de origen.

Estos obreros vinieron a formar parte de un proletariado textil, que se caracterizó por su trashumancia dentro de un gran corredor textil que se extendía desde el valle de México hasta Veracruz atravesando desde luego la región textilera de Puebla-Tlaxcala, y que incluía eventualmente a las fábricas establecidas en Querétaro, Jalisco y Michoacán. En tanto no tenían propiedad de que vivir estaban condenados al mercado de trabajo de una industria que se distinguía en general por su inestabilidad.

Este proletariado nómada se movía en forma colectiva, ya fuera en equipos volantes —integrado por pequeños grupos de amigos o parientes solteros— que recorrían las regiones textiles o en colectividades enteras, integradas por docenas de operarios, que ante el cierre de su fábrica o el despido masivo se veían obligados a emigrar llevando auestas sus familias y sus escasas pertenencias. Estos movimientos, que en ocasiones se daban en el interior de una misma región, y otras veces de un estado a otro, eran numerosos. En 1865 los huelguistas de San Ildefonso, en el estado de México, fueron desalojados y se trasladaron a la fábrica la Colmena y Barrón.<sup>50</sup> En 1868 hay un éxodo masivo de trabajadores de Tlalpan, Contreras y Tizapan hacia la zona textil de Tlalnepantla.<sup>51</sup> En 1875 huelguistas de la Fama y San Fernando, de Tlalpan, no son aceptados en su trabajo al término del movimiento y deben emigrar hacia las fábricas de San Angel y Tlalnepantla.<sup>52</sup> Exodos mayores son: el de 1868 de los huelguistas de la Magdalena, La Fama y San Fernando, hacia el estado de Puebla;<sup>53</sup> el de 1873 de huelguistas de Tepeji del Río, Hidalgo, hacia San Ildefonso;<sup>54</sup> el que realizan 300 familias de huelguistas que en 1877 emigran desde Hércules, Querétaro, a La Fama de Tlalpan;<sup>55</sup> el de 1889 de 200 obreros, que acompañados de sus familias, llegan de Jalisco a esquirollear una huelga en San Fernando, en el Valle de México;<sup>56</sup> el que se hace de Puebla hacia San Antonio Abad, en 1893, para romper una huelga;<sup>57</sup> el de 1896 de San Fernando hasta Juanacatlán, Jalisco, de 100 obreros con sus familias.<sup>58</sup> Este último fue conservado en la memoria por un corrido:

Ya se acabó San Fernando,  
Ya los obreros se van,  
Se llevan la maquinaria,  
Se van a Juanacatlán.

Conrado Carranza y otros  
se van a armar los telares  
pa cuando llegue la gente  
ya estén listos sus lugares.

Roberto, Carlos y algunos  
Juan Pérez y don Samuel  
se fueron a armar las mulas  
y tróciles a nivel.

Adiós, pulquito curado  
con plátano de manila  
nos vamos para Jalisco  
a tomar puro tequila.<sup>59</sup>

Al igual que de San Fernando llegarían contingentes de obreros de Querétaro, Puebla y de la región de Guadalajara. Los éxodos están lejos de ser excepcionales y no pasan muchos años para que se deje de dar alguno.

Pero también estos trabajadores se desplazaban individualmente. Sin embargo ¿cómo aprehender, como reconstruir capilarmente los movimientos, las direcciones, los posibles itinerarios de estos tejedores e hilanderos girovagos, para los cuales las fábricas más que un sitio de estabilidad o de certidumbre, dan la impresión de ser un lugar de continuo pasaje, un puerto de permanente circulación? Sus historias son agitadas y difíciles de seguir. Aun así, a través de la historia oral se conoce algo de ellas. Un caso fue el de Primitivo Soto: nativo de Puebla, se mudó a Nogales en donde trabajó como tejedor en 1904, posteriormente se trasladó a Contreras y San Angel.<sup>60</sup> Enseguida de una huelga en la Hormiga se tuvo que ir para la Carolina. Más tarde viajó a Metepec, Atlixco, donde también después de una huelga hubo vacantes. Posteriormente deambuló por las fábricas del municipio de Puebla, finalmente regresó a Orizaba y se instaló en la Santa Rosa. Otra historia es la de Alberto Lara Rojano, un obrero sobreviviente de la huelga del

7 de enero de 1907, originario de Miraflores, Chalco.<sup>61</sup> De tradición familiar textil, pues su abuelo materno fue tejedor y sus tíos obreros textiles, a los pocos meses de haber nacido Alberto, su familia se dirigió a Tlalpan, a la San Fernando, ya que su padre se fue siguiendo a su tío que era engomador. Cuando cerró San Fernando, el padre de Alberto se trasladó a Contreras, en cambio su tío se fue a la Providencia y la San Pedro las fábricas de Uruapan, Michoacán. Más tarde migraron su padre y sus tíos a Puebla y finalmente llegaron a Río Blanco; ahí él los alcanzó para ingresar en el departamento de telares. Un caso más es el de Agustín Ramírez, un chiquillo tlaxcalteca del pueblo de San Salvador Tzompantepec, que ingresa, cuando no ha cumplido aún los 10 años de edad, a la Trinidad en Santa Cruz; de aquí pasa junto con su hermano a Metepec, donde un tío lo ayuda; la siguiente escala será la Carolina, en el Valle de México, en donde también encuentra parientes y en 1911 llegará a Río Blanco, lugar en el que se establecerá.<sup>62</sup> De Querétaro tenemos el caso de Antioco Mosqueda que llegó en 1901 a la Santa Rosa, después de haber estado en La Reforma, en Salvatierra. Del valle de Orizaba regresó a Occidente a La Virgen, de Tajimaroa, y sólo retornó a Orizaba hasta 1918.<sup>63</sup> Estas, pensamos, son historias menudas entre decenas.

Y son historias de gente que se arraigó finalmente en Orizaba. Pero más numerosas serían las de aquellos que no se quedaron y sólo se detuvieron temporalmente. Por ejemplo, para la fábrica Santa Rosa se ha observado en el periodo 1901-1906, una tasa de entradas y salidas bastante alta: de 1348 obreros que trabajaban en 1901 sólo el 14% de ellos continuó laborando cinco años más tarde;<sup>64</sup> ¿hacia dónde se trasladó el otro 86%? ¿se dirigieron a otra fábrica del mismo valle o la abandonaron en búsqueda de una mejor suerte? Es una investigación todavía por hacerse. Lo evidente es que es una clase obrera difícil de arraigarse. Al movimiento permanente de población que llega corresponde otro movimiento igualmente vigoroso de gente que se va. El valle daría la impresión, durante esos años, de ser un hormiguero con toda esa masa colorida y fluctuan-

te que entraba y salía de manera permanente.

Contribuyeron a la movilidad varios factores. En el caso de las gentes que llegaban directamente del campo, y regresaban a éste, desde luego su retorno tenía que ver con las dificultades para adaptarse, y atrás de ello estaba quizás un intercambio estacional entre agricultura e industria. En cambio, por lo que se refiere a los integrados de manera menos parcial a las textileras, la inestabilidad expresa la creación de expectativas y no sólo insatisfacción. La movilidad era signo a la vez del deseo de mejorar la propia condición como reflejo de la crisis en que caían algunas fábricas. Ahora que las ocasiones de trabajo habían aumentado, los obreros calificados no se sentían obligados a adaptarse a un mal puesto de trabajo ligándose a la primera oportunidad que encontrarán. Así, se movían con el afán de encontrar una posición mejor y salarios más elevados. Si no encontraban con la migración una mejora, no aceptaban el cambio y continuaban viajando o regresaban a la región de donde originalmente salían. Hay un testimonio interesante de Carmen Huerta, tejedor famoso entre el mundo textil del Valle de México de aquellos años. Poseedor de un gran prestigio, que adquirió combatiendo contra los franceses en la Guerra de Intervención con el grado de comandante de auxiliares, y como dirigente e impulsor del mutualismo, Carmen Huerta salió en 1914 desde Contreras, donde trabajaba, hacia la región textilera de Xalapa para fundar las sucursales ocho y nueve del Gran Círculo de Obreros.<sup>65</sup> Hacia 1892 regresó otra vez a Veracruz, a Orizaba, invitado por otros paisanos que ya trabajan en la fábrica de San Lorenzo. En este segundo viaje, una vez que arribó al valle se le insistió en que se quedara a trabajar. No sólo no aceptó, sino que increpó a sus excompañeros de trabajo por permanecer ahí, señalándoles que obreros de su calificación no debían aceptar un traslado si no era con una mejoría notable de su condición laboral y salarial. Finalmente, regresó al Valle de México, no sin antes hacer un reportaje sobre los límites de la vida cultural en provincia, comparándola desfavorablemente con las veladas solemnes que hacían obreros y artesanos en México.<sup>66</sup> Obreros conocidos y competentes como

Carmen Huerta podían escoger fábricas en el corredor textil que iba de México a Veracruz.

Este sector de trabajadores a pesar de su movilidad geográfica, perteneció a una generación de trabajadores que estuvo preocupada más por la existencia de un puesto de trabajo, eventual o permanente, y por la creación de asociaciones de resistencia, que por el regreso a la tierra. La dimensión de este contingente, formado por varios centenares de obreros, es mínima si se le compara con la del proletariado textil ocasional o semicampesino, pero disminuye aún más, si se le relaciona con los trabajadores de un México central fundamentalmente agrario o con el amplio mundo artesanal del periodo. Es un sector minoritario que coexiste en las textileras con aquellos operarios que ingresan directamente del campo a la fábrica y que viven la actividad textil como una posibilidad de rehabilitar su economía campesina, a la cual regresan. Convive también, con aquellos que combinan en forma permanente labores agrícolas e industriales, ya sean campesinos libres como los tlaxcaltecas o peones que entran al trabajo fabril, de acuerdo a los ritmos de la agricultura, y a las órdenes del propietario textil, que es al mismo tiempo hacendado.<sup>67</sup> En este último caso no sería difícil encontrar trabajadores industriales controlados y retenidos por sistemas tradicionales de peonaje, tiendas de raya y dependencias por deudas. Aun así, estos núcleos pioneros del proletariado moderno, a pesar de ser más bien atípicos en la estructura social de la segunda mitad del XIX, en periodos de crisis fueron muy sensibles a la agitación y tuvieron capacidad para ampliar sus protestas más allá de los límites del escaso número que representaban.

Estos fabricantes fueron gentes que se formaron en la comparación y en el intercambio de ideas y de experiencias regionales; que habían madurado además en el contacto y en la discusión con otros sectores, como los artesanos, y que en varios casos no sólo sabían leer, sino hasta escribían y contribuían al mantenimiento de periódicos. Que además no raramente habían adquirido sus propias convicciones políticas, maduras en su participación en asociaciones obreras y artesanas.

Comenzaron a existir como grupo desde los años sesenta y setenta, o al menos así lo hacen suponer la serie de migraciones que realizan en esos años y que nos muestran grupos de operarios que no regresan al campo, o a las actividades artesanales, ni siquiera por razones de supervivencia, y en cambio prefieren viajar en busca del trabajo textil. Pero de hecho su presencia se consolida en el tejido social con la aparición de las grandes fábricas que se fundan en lugares como Orizaba o Atlixco y con la modernización y ampliación de algunas del valle de México. Es decir, su existencia se afirma con la expansión y el auge de la industria en los años que se colocan a caballo entre el pasado siglo y el presente.

Se puede decir que comienzan ya a constituir parte de lo que será un mercado libre de trabajo, si bien se valen de lazos de parentesco y paisanaje para tener acceso al trabajo en algunas de las fábricas, particularmente, en las menos grandes, en donde son fundamentales estos lazos para el control del mercado de trabajo. Efectivamente, la migración lejos de ser un desorden, exigía cierta organización de contactos, no sólo para estar informado en qué zonas había realmente demanda de trabajo y las condiciones de éste, sino para el momento del arribo. En el caso de Orizaba el mercado de información fue creado por los primeros en llegar, ellos transmitieron las noticias hasta sus lugares de origen. Con el crecimiento de la inmigración, la familia y la más amplia red de parientes, fueron adquiriendo una mayor importancia como transmisores de las condiciones en que se encontraba la oferta y la demanda de trabajo. Esto se puede aplicar tanto para los que llegaban del campo como para los que salían desde distintas factorías.

La comunicación fue facilitada por el tránsito permanente de los ferrocarriles, que contribuían así al desarrollo de la migración interna en aquellos años. No fue una casualidad que la mayor parte de las rutas de inmigración coincidieran con el tendido de las vías férreas. El ferrocarril, a través de sus empleados y pasajeros, no sólo hacía posible la difusión de las nuevas oportunidades sino, como se ha señalado acertadamente, su velocidad hizo disminuir los costos psicológicos de la separación del

hogar y la familia para muchos de los inmigrantes.<sup>68</sup>

La estructuración de los desplazamientos provocó la formación de cadenas de migración que iban desde pequeños pueblos, algunos de ellos minúsculos caseríos, encerrados por las montañas, como Santa Catarina Tayata, y desde las villas fabriles de la Mesa central, hasta Orizaba, hacia las fábricas en donde se encontraban trabajando familiares, amigos o conocidos de la patria chica. Ahí en los barrios obreros se recrearon, en la mayoría de los casos, relaciones de solidaridad entre paisanos y parientes. Esto que fue un rasgo particular de los migrantes mixtecos —bastaba que se reunieran cuatro o cinco de ellos para recrear Ñuñuma, el país de las nubes, es decir la Mixteca— no era exclusivo de ellos. Según Gregorio Serrano los tlaxcaltecas establecidos en Nogales, “siempre apoyaban a sus paisanos y los ayudaban, ya con comida, con dinero, con asilo, hasta que entraran a trabajar a la fábrica”.<sup>69</sup> Agustín Ramírez lo confirma, recuerda la alegría que sentía cuando llegaba alguno de su rumbo, y cómo era auxiliado por sus parientes de Tlaxcala, lo mismo le había sucedido a él, cuando llegaba a Río Blanco.<sup>70</sup> Los de San José Ixtapan, Puebla, contaban con un paisano, Marino López, maestro de preparación de telares, que funcionaba como una llave de entrada a la fábrica. Los mismos josefinos se agruparon en un barrio llamado de San José en las orillas de Santa Rosa.<sup>71</sup> El mapa de la movilidad bien puede reflejar aquél de las redes de parentesco y de paisanaje; que a su vez reproduce otra categoría, la que nace de las fluctuaciones del mercado que mueven a los grupos de inmigrantes de un lado hacia otro.

Si en conjunto se podría hablar de una clase obrera joven, tanto biológica, por su edad, como socialmente, por su reciente pasado preindustrial, también es posible afirmar que en su seno estaba contenido ya un sector que pertenecía a la segunda generación de clase obrera textil del país y que formaba parte de un grupo de trabajadores que nacionalmente se dedicaba a ser obrero profesional. En este sentido se puede afirmar que no toda la clase textil ori-

zabeña se empezó a formar en este lluvioso valle en los últimos lustros del siglo XIX; una parte significativa de ella se había venido creando desde varias décadas antes, al menos desde la mitad del siglo pasado, en diversas zonas del país.

Fue este grupo, ya más familiarizado con el incipiente mundo industrial del país, y más próximo a su constitución como clase, a pesar de su movilidad geográfica, el que comenzó a absorber a los recientemente llegados al ambiente fabril. Una parte de esta fracción de trabajadores fue la que se encargó informalmente de integrarlos tanto en el sentido de enseñarles a trabajar, como en el de transmitirles por vía del ejemplo cotidiano los hábitos de comportamiento obrero. Ellos les enseñaron a adquirir un concepto urbano del tiempo tanto como las sirenas de las fábricas. Algunos de estos obreros, influenciados por la nueva disciplina laboral, asumieron abiertamente la función de promotores del orden y la sobriedad entre la masa de los inmigrantes.<sup>72</sup> Pero la influencia de los obreros asimilados al sistema fabril no sólo consistió en la integración de los nuevos a otra disciplina, sino que también contribuyeron a acelerar el proceso de definición social de los recientemente incorporados por medio de la dirección de los primeros movimientos y de las primeras organizaciones. Si observamos las luchas obreras nos damos cuenta que no tiene que pasar mucho tiempo antes de que se pongan en práctica las formas de resistencia colectiva. Estas comienzan desde el momento mismo en que las fábricas inician sus actividades. En San Lorenzo estalló una huelga en 1881, año en que se inaugura la fábrica.<sup>73</sup> Lo mismo sucede en Santa Rosa en 1899, en donde se declara una huelga cuando sólo tienen unos meses de haber iniciado labores en forma regular y generalizada.<sup>74</sup> Estos datos revelan que los primeros migrantes ya estaban familiarizados con las formas modernas de lucha obrera y no tenían que recorrer un largo camino antes de enfrentarse colectivamente a los empresarios. Igualmente es notable la precocidad que mostraron para superar el localismo de sus proyectos organizativos. Cuando en 1906 se funda el Gran Círculo

---

de Obreros Libres (GCOL) se decide promover la fundación de filiales a lo largo de todo el altiplano y aun en Oaxaca. Este temprano rompimiento con los límites locales tiene que ver, desde luego, con los proyectos magonistas de crear una oposición nacional al régimen porfirista y con los lazos de los migrantes con sus orígenes, pero es al mismo tiempo una herencia de las experiencias de "Las Fábricas Unidas", y de la del "GCO" que 34 años antes se gestaron en el valle de México. La similitud de nombres que tienen el "GCO" y el GCOL" no es mera coincidencia. El recuerdo y la tradición del primero persiste en el segundo, aun cuando fueron dos organizaciones sustancialmente diversas, que corresponden a distintos momentos históricos del acontecer de la clase.

Si en Orizaba se asiste a una fase crucial del proceso de formación de la clase obrera textil decimonónica, es también gracias al carácter de las fuerzas económicas que ahí tuvieron sede. En efecto, la modernidad de las fábricas francesas ofreció la base material para que cristalizara este proceso en relativamente pocos años. Las compañías francesas fueron de las pocas firmas de carácter monopólico que hubo en el ramo en esta época, se organizaron en verdaderas sociedades anónimas y centralizaron considerables volúmenes de capital. El gran tamaño de sus establecimientos permitió concentrar en unos cuantos recintos a un importante número de obreros. En estos establecimientos las relaciones de producción fueron más anónimas, más carentes de cualquier participación afectiva y personal, lo que hacía que las relaciones de clase fueran más advertibles.<sup>75</sup>

La mentalidad empresarial más moderna, más urbana, que la de la mayoría de la patronal textil, se reflejaba en las relaciones laborales. La dominación de tipo patriarcal, en donde el patrón se apersonaba con frecuencia para mantener su dominio por medio de su presencia física, con su mansión construida en medio de la fábrica, no existió más en Orizaba. Aquí los obreros lograron sacudirse el ordenamiento social jerárquico a que estaban sujetos en aquellas fábricas establecidas en el campo, que en ocasiones formaban parte de una hacienda,

en donde los propietarios o sus administradores ejercieron un modelo de relaciones de corte paternalista. Los márgenes de libertad e independencia de la población pionera en las villas fabriles, aun siendo estrechos, eran mayores a los existentes normalmente en las fábricas enclavadas en el campo.

Además, el funcionamiento más o menos regular y permanente de las distintas fábricas contribuyó a que se fuera creando un núcleo de trabajadores estable. Esta fracción si bien numéricamente reducida en su inicio, año con año, fue creciendo paulatinamente hasta convertirse en un grupo importante que se reproducía a sí mismo. Así en la Santa Rosa vemos que en el año 1898, año de inauguración parcial de la fábrica, se quedan más de 23 trabajadores, al año siguiente se les agregan otros 12, en 1900 otros 33, así con cuentagotas, hasta llegar a 190 en 1905 y a 347 en 1909.<sup>76</sup> De esta forma un grupo de transhumantes encuentra en Orizaba su último movimiento. Simultánea a la movilidad de la gran mayoría de los trabajadores se inicia una tendencia contraria: la sedimentación de una capa de obreros. Esta contratendencia no alcanzará su conclusión sino hasta la tercera década del siglo, con la afirmación del sindicalismo, el control del mercado de trabajo por parte de éste y la constitución de comunidades obreras.

Ciertamente el proceso no se dio automáticamente y los distintos componentes de la masa proletaria lo vivieron con diferente ritmo y diversa conclusión. Así, a pesar de la modernidad del sistema fabril en Orizaba y de la capacidad de amalgama de la fábrica, no se constituyó en el corto plazo una clase obrera moderna más que parcialmente. Una buena parte de los contingentes que se congregaron en el valle constituían una clase obrera que no quería serlo, o al menos no de tiempo completo, y encontraba muchas dificultades para convertirse en tal. El nuevo tipo de trabajo y la vida que éste suponía les resultaba muy extraño, era todo un choque cultural, y sólo lo aceptaban en la medida en que les era impuesto, empujados por la necesidad.

Dado que era una clase rica en contrastes y pobre en homogeneidad el camino hacia una toma de conciencia colectiva fue sinuoso y cues-

ta arriba. No debe haber sido fácil la convivencia y la creación de lazos de solidaridad entre grupos de obreros con tan diferentes orígenes geográficos, sociales, culturales y hasta étnicos. Si no hubo, más que parcialmente, problemas de comunicación nacidos de la diversidad de lenguas, que en cambio existieron históricamente en otros países. Sí hubo fuertes diferencias culturales y de procedencia social en su interior. En la fábrica trabajaba lo mismo el obrero que vestía flex de casimir y sombrero de fieltro, que tenía un pasado fabril y estaba orgulloso de su oficio, que el recientemente llegado del campo, que usaba calzón de manta y huaraches. La relación entre ambos no siempre fue fácil.

Las agrupaciones regionales informales y las mutualidades fueron originalmente las que buscaron la promoción de la solidaridad y la resolución de los conflictos internos. No fue sino en un segundo momento, cuando las organizaciones más generales tomaron cartas sobre el asunto, para entonces los primeros organizadores habían librado algunas batallas con el fin de ganar consenso en la formación de agrupaciones que fueran más allá de la solidaridad entre paisanos o parientes y que llegaran a adoptar métodos de lu-

cha propios a su problemática laboral y de clase.

Si los militantes tuvieron que trabajar arduamente para encuadrar en sus proyectos a gente con tan diversos orígenes y expectativas, para los administradores extranjeros no fue más sencillo enfrentar este multiforme proletariado. A la vez que enfrentaban a militantes, o simpatizantes de éstos, que al menos en forma parcial habían interiorizado y asumido el sistema de fábrica, debieron enfrentar a un proletariado más incontrolable y espontáneo, más sensible a rechazar las formas de administración laboral.<sup>77</sup> Sus procedimientos de resistencia eran tanto o más difíciles de combatir que las medianamente organizadas.

En este sentido, debe decirse que el movimiento obrero orizabeño en sus primeros años no sólo fue hijo de las experiencias de la segunda generación de textiles, sino que también descendía en línea directa de las formas de protesta y de resistencia de los recientemente llegados a la fábrica. Después de todo, no se debe olvidar que el movimiento más drástico de esos años no fue precisamente una huelga, sino una revuelta, la del 7 de enero de 1907.

## Notas

<sup>1</sup> Para escribir estas páginas introductorias me he basado casi exclusivamente en el interesante trabajo inédito de Carlos Aguirre "Migración interna en México, 1895-1910"; otro trabajo importante es *Población y desarrollo en el México del Siglo XIX*, Margarita Urias y Carlos SanJuan, publicado en *Investigación Económica*, núm. 162, oct.-dic., 1982, pp. 129-179.

<sup>2</sup> Juan Luis Sariago, "Anarquismo e Historia Social Minera en el Norte de México, 1906-1918", *Historias* 8-9, enero-junio 1985, pp. 114-115.

<sup>3</sup> John Womack "Comentarios" en *Jornadas de Historia de Occidente*, Jiquilpan (Mich.), CERM "Lázaro Cárdenas", 1978, p. 121.

<sup>4</sup> Keremitsis Dawn, *La Industria Textil Mexicana en el siglo XIX*, México, Sep-Setentas, núm. 67, 1973, pp. 60-154.

<sup>5</sup> Bernardo García D., *Un Pueblo Fabril del Porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*, México, Sep-Ochentas, núm. 2, 1981, pp. 11-29.

<sup>6</sup> *Padrón General del Censo de Población del Municipio de Nogales*, 1982, Archivo Municipal de Nogales, Letra P, núm. 6. Los datos de este padrón fueron proce-

sados en computadora por los pasantes en Informática Edda Arrez Rebolledo y Marte Meza, quienes diseñaron el programa de organización de la información respectiva.

<sup>7</sup> Para aprehender este flujo migratorio se trabajó en los libros de nacimientos del Archivo del Registro Civil del municipio de Ciudad Mendoza. Se anotaron los padres y los testigos que llevaron a registrar niños entre los años 1900 y 1908.

<sup>8</sup> Algunas ideas desarrolladas en este ensayo fueron tomadas del proyecto colectivo *Formas y Formación: Historia Social de la Clase Obrera en México, 1880-1940* elaborado por Lief Adleson, Mario Camarena y Gerardo Necoechea. Pero más importante aún fue la lectura de la conferencia que impartió en Roma en 1978 Rolando Trempe, *Storia Sociale e formazione della classe operaia in Francia*, Annali della Fondazione Lelio e Lisli Basso-Issaco, Volume IV, Roma, Franco Angeli Editore, 1982.

<sup>9</sup> Juan Carlos Grosso, *Estructura Productiva y Fuerza de Trabajo: Puebla 1830-1890*, Cuadernos de la Casa Presno, núm. 2, p. 31.

- <sup>10</sup> Leticia Gamboa Ojeda, *Los empresarios de ayer*, Puebla, UAP, 1985, pp. 25-33.
- <sup>11</sup> Véase para el problema de la reproducción de la fuerza de trabajo el libro citado de Juan Carlos Grosso.
- <sup>12</sup> José Alfredo Uribe Salas, *La Industria Textil en Michoacán 1840-1910*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1983, p. 138.
- <sup>13</sup> Jorge Durand, *Un Pueblo Obrero*, Zamora, Colegio Michoacán, Tesis de Maestría en Antropología Social, 1983, pp. 131-2.
- <sup>14</sup> Daw Keremitsis, *op. cit.*, p. 202.
- <sup>15</sup> J.C. Grosso, *op. cit.*, pp. 33-34.
- <sup>16</sup> Bernardo García Díaz, *op. cit.*, pp. 35-36.
- <sup>17</sup> Teodoro A. Dehesa, *Memoria General del Estado de Veracruz 1896-1898*, Xalapa, Gobierno del Estado, 1898, p. 21.
- <sup>18</sup> Juan Carlos Grosso, *op. cit.*, p. 30.
- <sup>19</sup> Para la migración oaxaqueña véase el apéndice de Bernardo García, *op. cit.*, p. 158.
- <sup>20</sup> Timoteo Reyes Reyes/Bernardo García, Programa de Historia Oral del Centro de Estudios Históricos (PHO-CEH); Melesia Valentina Espinoza/Bernardo García, PHO-CEH.
- <sup>21</sup> María de los Angeles Romero Frizzi, *Economía y Vida de los Españoles en la Mixteca Alta: 1519-1720*, México, Universidad Iberoamericana, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, 1985, pp. 283-291.
- <sup>22</sup> Luis Chávez Orozco y Enrique Florescano, *Agricultura e Industria Textil de Veracruz Siglo XIX*, Xalapa, Universidad Veracruzana, p. 118.
- <sup>23</sup> Esta tesis es sostenida por el profesor Rodolfo Pastor, véase: Francis R. Chassen, *Oaxaca: del Porfiriato a la Revolución, 1902-1911*, México, UNAM, Tesis de doctorado en estudios latinoamericanos, 1986, pp. 73-83.
- <sup>24</sup> Fernando Braudel, *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, Vol. I, 1953, p. 148.
- <sup>25</sup> Archivo General de Oaxaca, Sec. de Gobierno, Correspondencia, Leg. 96, exp. 7, julio de 1903.
- <sup>26</sup> Karl Kaerger, "Tabasco en Chiapas", en Friedrich Katz *La Servidumbre Agraria en México en la Época Porfiriana*, México, ERA, 1982, pp. 77-82.
- <sup>27</sup> Cuauhtémoc Camarena Ocampo, *Las luchas de los Trabajadores Textiles Mexicanos: 1865-1907*, México, ENAH, tesis de Licenciatura en Antropología Social, 1985, p. 60.
- <sup>28</sup> Francisco T. Olivares/Bernardo García, PHO-CEH.
- <sup>29</sup> Entrevistas realizadas con Luisa Muñoz, Gonzalo García Ortiz y Federico Madrid, PHO-CEH.
- <sup>30</sup> Agustín Ramírez Serrano/Bernardo García, PHO-CEH.
- <sup>31</sup> La vitalidad étnica permanece viva con el correr de los tiempos: lo demuestran los etnólogos, que encuentran la reproducción de la etnicidad en espacios adecuados y alejados del ámbito comunal; véase: Miguel A. Bartolomé y Alicia M. Barabas "La Pluralidad Desigual en Oaxaca" en *Etnicidad y Pluralismo Cultural*, México, INAH, 1986, pp. 73-75.
- <sup>32</sup> Francisco R. Chassen, *op. cit.*, p. 125.
- <sup>33</sup> *Ibid.*, p. 126.
- <sup>34</sup> Arturo Hernández/Bernardo García, PHO-CEH.
- <sup>35</sup> Moisés González Navarro, *Las huelgas textiles en el Porfiriato*, México, Cajica, 1970, pp. 36-7.
- <sup>36</sup> Margarita García Luna, *El movimiento obrero en el Estado de México*, México, UAEM, 1984, pp. 36-7.
- <sup>37</sup> Estas páginas sobre el Valle de México están tomadas fundamentalmente de la excelente tesis de Cuauhtémoc Camarena, *Las luchas de los Trabajadores Textiles Mexicanos: 1865-1907*, México, ENAH, 1985, tesis de Licenciatura en Antropología Social.
- <sup>38</sup> Cuauhtémoc Camarena, "Las luchas de los Trabajadores Textiles: 1850-1907 en *Las Luchas Populares en México en el siglo XIX*, coordinación de Leticia Reina, México, Casa Chata, Núm. 90, 1983, p. 189. Para la historia del GCOL que es bastante compleja véase el importante trabajo de José Villaseñor, *Orígenes del Movimiento Obrero Mexicano. El Gran Círculo de Obreros de México, 1870-1880*, Avances de Investigación 51, Celsa, México, 1982, UNAM.
- <sup>39</sup> Cuauhtémoc Camarena, *op. cit.*, 1985, pp. 131-140.
- <sup>40</sup> *Ibid.*, p. 230.
- <sup>41</sup> Entrevista realizada por Beatriz Cano a don Gregorio Serrano, 12 Sept. 1979 en la ciudad de México.
- <sup>42</sup> Raymond Th. J. Buve, "Protesta de Obreros y Campesinos Durante el Porfiriato", *Boletín de Estudios Latinoamericanos*, núm. 13, diciembre de 1972, pp. 1-20.
- <sup>43</sup> Abel Juárez, "El trabajo en la hacienda de San José de los Molinos", en *De los Borbones a la Revolución*, coordinador Mario Cerruti, México, COMECSO-GV Editores-UANL, 1986, pp. 204-5.
- <sup>44</sup> Entrevista de Beatriz Cano a don Gregorio Serrano.
- <sup>45</sup> La información sobre el Metodismo en Tlaxcala está tomada de: Jean Pierre Bastian, *Protestantismo y Sociedad en México*, México, 1983, CUPSA; Jean Pierre Bastian *Itinerario de un Intelectual Menor de la Revolución Tlaxcalteca, José Rumbia Guzmán, Pastor y Maestro de Escuela Metodista, 1865-1913*, mecanoscrito inédito, 1986, pp. 7-11.
- <sup>46</sup> Agustín Ramírez/Bernardo García, PHO-CEH.
- <sup>47</sup> Periódico *Río Blanco*, 28 de febrero y 13 de marzo de 1976; Jean Pierre Bastian, *op. cit.*, 1986, pp. 7-11.
- <sup>48</sup> Margarita García Luna, *op. cit.*, pp. 23-4.
- <sup>49</sup> Para Juanacatlán, véase Jorge Durand, *op. cit.*, p. 131-2; para Tajimaroa véase José Alfredo Uribe Salas, *op. cit.*, p. 138.
- <sup>50</sup> Cuauhtémoc Camarena, *op. cit.*, 1985, p. 177.
- <sup>51</sup> *Ibid.*, p. 180.
- <sup>52</sup> Cuauhtémoc Camarena, *op. cit.*, 1983, p. 230.
- <sup>53</sup> *Ibid.*, p. 216.
- <sup>54</sup> *Ibid.*, p. 221.
- <sup>55</sup> *Ibid.*, pp. 236-7.
- <sup>56</sup> *Ibid.*, pp. 255-7.
- <sup>57</sup> *Ibid.*, pp. 262-3.
- <sup>58</sup> Jorge Durand, *op. cit.*, pp. 131-2.
- <sup>59</sup> *Ibidem.*
- <sup>60</sup> Primitivo Soto/Bernardo García, PHO-CEH.
- <sup>61</sup> Alberto Lara Rojano/Bernardo García, PHO.
- <sup>62</sup> Agustín Ramírez Serrano/Bernardo García, CEH.
- <sup>63</sup> Carmelita Mosqueda/Bernardo García, PHO.
- <sup>64</sup> Bernardo García, *op. cit.*, pp. 62-3.
- <sup>65</sup> Cuauhtémoc Camarena, *op. cit.*, 1985, pp. 150-5.
- <sup>66</sup> Información verbal proporcionada por Cuauhtémoc Camarena quien publicará próximamente un trabajo sobre el tema.

<sup>67</sup> Luis G. Morales, *Los Obreros de Mayorazgo, 1912-1918*, México, 1981, UAM-I, tesis de licenciatura, pp. 47-50. Encontró el caso de peones endeudados todavía para la segunda década del siglo.

<sup>68</sup> John H. Coatsworth, *El Impacto Económico de los Ferrocarriles en el Porfiriato*, México, Era, pp. 65-6, 1984.

<sup>69</sup> Entrevista de Beatriz Cano con Gregorio Serrano.

<sup>70</sup> Agustín Serrano/Bernardo García Díaz, PHO-CEH.

<sup>71</sup> Bernardo García Díaz, *op. cit.*, p. 39.

<sup>72</sup> Jean Pierre Bastian, *Itinerario de un Intelectual Menor de la Revolución Tlaxcalteca*, José Rumbia Guz-

mán, *Pastor y Maestro de Escuela Metodista, 1865-1913*, mecanoescrito, 1986, p. 7.

<sup>73</sup> Cuauhtémoc Camarena, *op. cit.*, 1983, pp. 244-5.

<sup>74</sup> Periódico *El Reproductor*, 9 de Febrero de 1898.

<sup>75</sup> Estas observaciones sobre el tipo de empresario textil francés que invierten en Orizaba son de Leticia Gamboa Ojeda.

<sup>76</sup> Estos cálculos han sido elaborados con una lista de personal del Archivo de la Compañía Industrial Veracruzana Sociedad Anónima.

<sup>77</sup> Para los problemas de indisciplina se puede ver Bernardo García Díaz, *op. cit.*, pp. 46-48.



36 ° De allí se dio un brinquito a Chiapas, y vio cómo prospera el pueblo trabajador.

